

Development Connections



DVCN Critiques

Vol. 1, No. 2

Octubre, 2007

La violencia contra las mujeres: ¿Porqué no violencia de género?

Martha Val¹

El pulgo no hace ostentación. No alza altos mástiles, torres, obeliscos ni rascacielos. Tampoco fabrica largos fusiles, cañones ni misiles. El pulgo, amante de la pulga, no necesita inventar ningún símbolo fálico, porque lo lleva puesto: mide nada menos que una tercera parte de su cuerpo, el tamaño más impresionante de todo el reino de este mundo, y está adornado con plumitas. Los machos humanos, mandones y matones, llevan miles de años ocultando esta humillante información. Eduardo Galeano.

Según el diccionario de María Moliner, violencia es la palabra que nos remite a la cualidad de violento, o a la utilización de la fuerza en cualquier operación. La violencia tiene que ver con lo que se hace y con cómo se hace, siendo violenta cualquier cosa que se hace u ocurre con brusquedad o extraordinaria fuerza o intensidad. En cuanto al modo de hacerlo, en el diccionario se contraponen la utilización de la fuerza a la utilización de la ley o la justicia. También la violencia tiene que ver con mantener o realizar las cosas contra su tendencia natural. Hay un acto de fuerza especialmente significativo, la violación, que consiste en entrar por la fuerza en algún lugar, profanar un lugar sagrado, o forzar un hombre a una mujer, particularmente a una menor de edad (dice M. Moliner), a satisfacer su deseo sexual.

Development Connections (DVCN)

Conectando recursos para el desarrollo sostenible

1629 K Street NW Suite 300 Washington D.C. 20006 USA

Tel. (202) 466-0978 Fax: (202) 338-0248

Email: info@dvcn.org Webpage: www.dvcn.org

¹ Socióloga, magíster en Género y Desarrollo. Asistente de Programa de Género y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) en Uruguay. valmarta@hotmail.com

La fuerza es un componente importante de la violencia, y la define como: la capacidad para realizar un trabajo o mover algo, para hacer o conseguir algo o producir efecto, para sostener un peso u oponerse a un empuje. La violencia no persigue necesariamente causar daño aunque se cause, la agresividad sí persigue causar el daño. La violencia física se podría considerar relacionada particularmente con la opresión, mientras que la humillación, y lo que Bourdieu denomina violencia simbólica, con la dominación, con el control duradero mediante la manipulación de obligaciones afectivas.

La expresión "violencia contra las mujeres" prácticamente ha desaparecido del lenguaje oficial y de los medios de comunicación, a favor de la denominación "violencia de género", más políticamente correcta. Normalmente lo políticamente correcto, oculta lo fundamental: en este caso, "violencia de género" oculta que son hombres quienes ejercen la violencia en cuestión, y mujeres quienes la padecemos.

El feminismo de la diferencia sostiene que la violencia contra las mujeres no es violencia de género. Se entiende que la violencia contra las mujeres intenta destruir y destruye las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana; es decir, las prácticas de autoridad guiadas por el amor, que son, históricamente, más de mujeres que de hombres.

Somos una especie sexuada, lo que se traduce en una especialización funcional en la procreación, acompañada de diferencias estadísticas entre hombres y mujeres, una de ellas, muy importante y en relación a la violencia física, es que, por término medio, los hombres tienen más fuerza que las mujeres. Esa diferente fuerza física es prácticamente irrelevante en cualquier aspecto de la vida a excepción de una situación particular, las relaciones cara a cara, en soledad, donde se pueden volver decisivas.

Pero no solo es decisiva porque el hombre tenga más probabilidades de éxito si ejerce la violencia física contra la mujer que a la inversa, sino porque esa es una de las diferencias que le permite decir quién es. M^a Jesús Izquierdo (Izquierdo, 1998) nos dice que el sexo es relevante en el establecimiento de la identidad, y que las diferencias anatómicas sexuales si bien no causan nuestra identidad sí la apuntalan. Cada vez que la identidad se encuentre en precario, volver a las diferencias anatómicas, demostrar que existen, se convierte en el último recurso para saber quienes somos. Por eso, cuando los hombres desean afirmarse se refieren a sus genitales, o usan la fuerza, porque ambas cosas apuntalaron su identidad. Nuestra identidad, apuntalada durante siglos en las diferencias anatómicas entre los sexos, es el resultado de la confluencia del quién soy,

quién creo que soy, quién quisiera ser, quién creen que soy y quién quisieran que fuera. Esa dimensión psicosocial asociada a las diferencias anatómicas es lo que denominamos género, un concepto que puede ser utilizado en marcos teóricos diversos.

Desde una perspectiva atomista, y si suponemos que los géneros son discretos, clasificaremos a las personas como femeninas o masculinas; si los suponemos continuos, diremos que hay personas que se encuentran más cerca de lo femenino y personas más cercanas a lo masculino. Si bien abogo por aplicar una perspectiva relacional: los géneros se constituyen en las relaciones que las mujeres establecen con los hombres².

La división de la sociedad en géneros se traduce en un modelo de relaciones interpersonales de carácter fusional. Entre los dos hacen uno, por eso en la relación hombre/mujer hay tanta atracción y tanta agresividad al mismo tiempo, si no se unen no se sienten completos, y si se unen quién completa a quién: ¿el hombre a la mujer, o la mujer al hombre? ¿Está la mujer absorbida por el hombre o el hombre por la mujer? En lo que se refiere a la posición social, no dudamos que la mujer se convierte, por lo que tenga de “mujer”, en la extensión del hombre.

Ahora bien, desde el punto de vista emocional ¿qué le ocurre al hombre cuando ésta le niega su posición? Tal como están contruidos los géneros, la necesidad mutua entre los hombres y las mujeres es homologable, aunque solo parcialmente, a la necesidad de los trabajadores y los empresarios, manteniendo, al mismo tiempo, una diferencia crucial que hace potencialmente más violentas las relaciones hombre/mujer: en ellas está implicada la identidad personal.

En las relaciones hombre/mujer se supone que el vínculo fundamental es el afectivo, colocando en segundo plano los lazos y dependencias económicas, como si no existieran, o fueran el resultado no buscado del lazo afectivo. Cuando la mujer cuestiona al hombre la relación que mantienen, le está cuestionando su propia identidad. Contra esta amenaza, él apela a la diferencia que todavía conserva, la fuerza física, y agrede porque se siente agredido en lo más profundo, y porque en la agresión misma recupera su identidad.

Negar la existencia de la desigualdad entre los sexos como un hecho estructural, se traduce no sólo en conductas individuales respaldadas por los poderes públicos, que es lo que se sugiere, sino en una respuesta política que subvierte las relaciones de género hasta destruirlas. Se constata que en relación a la violencia, las diferencias entre los hombres y las mujeres obedecen, más allá de las diferencias anatómicas y fisiológicas entre los sexos de cuya existencia no dudo, a la

² El concepto de género, acuñado por el feminismo en el siglo XX, está relacionado con la puesta en evidencia de las relaciones de poder y desigualdad estructural entre los sexos, cuyas manifestaciones alcanzan todas las esferas de la vida social y privada.

diferente posición estructural que ocupan en la sociedad, y a las consecuencias psíquicas que esa desigualdad comporta.

En primer lugar, y dado que el lugar por excelencia de los hombres es la llamada “esfera pública”, es lógico que tengan un papel preponderante en el ejercicio de la violencia desde la institucional a la sancionada por códigos penales³. En segundo lugar, y bajo condiciones de división sexual del trabajo⁴, al lado de los guerreros siempre ha habido mujeres. Si se pudiera afirmar que a los hombres les fascina la violencia, hay que añadir que a muchas mujeres les fascinan los hombres que se fascinan por la violencia. Lo que de fondo es fascinante es sentirse omnipotente y amar a quien experimenta omnipotencia.

En tanto la violencia tiene que ver con el uso de la fuerza para conseguir las cosas, particularmente cuando ofrecen resistencia, el violento, al imponerse, ofrece una imagen de omnipotencia que puede resultar muy atractiva, sobre todo para quienes han desarrollado conductas pasivas.

Si adoptamos el punto de vista de la educación emocional, cabe añadir los efectos de la socialización diferencial a la que están sometidos los hombres y las mujeres. Los hombres tienen vedada la “debilidad” (los chicos no lloran) y la ternura, y su identidad queda amenazada si establecen cercanía física y afectiva con otros hombres. Sustituirán expresiones de afecto como los besos y las caricias, por empujones o golpes, que es la alternativa más próxima al contacto físico. Es posible que los hombres lleguen a expresar agresivamente el amor, sobre todo en aquellas relaciones sexuales o afectivas que hayan internalizado como inaceptables. Testimonios de trabajadoras sexuales transexuales en Madrid relataban cómo muchos clientes “heterosexuales” reaccionan de manera agresiva y violenta contra ellas en apenas unos segundos después de haber tenido un orgasmo con ellas.

La violencia de género es, lucha de poder entre los sexos. Por eso la ha exacerbado el feminismo. Pues el género es el campo en el cual o por medio del cual se articula el poder, además de ser una construcción cultural de los roles o papeles supuestamente adecuados para cada uno de los dos sexos en los que se presenta en el mundo el cuerpo humano: pues el poder es siempre, en primer lugar, poder sobre los cuerpos.

³ Y así vemos que, cuando las mujeres participan en actividades masculinas, observamos que tienden a adoptar conductas masculinas. Se produce su asimilación cultural, y como todo neoconverso, pueden llegar a actuar con mayor ahínco que los propios hombres, del mismo modo en que un travestí resulta más femenino que una mujer, una policía o una delincuente puede actuar con mayor agresividad que un hombre en la misma situación. Así pues en relación a la violencia, es más importante el componente de género que el componente de sexo.

⁴ Las posiciones sociales tradicionales de género son la de “mujer” *ama de casa*, y la de “hombre” *ganador de pan*.

Que el género es el campo por medio del cual se articula el poder, lo demuestra una experiencia común en el feminismo: el feminismo nos ha enseñado que, si prescindimos de la mediación del poder, el estereotipo de género femenino que se nos atribuye se vuelve de pronto insignificante, degenera, puede dar –incluso– risa. La violencia de género la ejercen muchas veces los hombres y, algunas veces, las mujeres; porque el género está separado de la corporeidad. Es violencia propia de las relaciones instrumentales, de las que se entablan y para alcanzar o para conservar instancias de poder; por ejemplo, para avanzar en la carrera profesional, para enriquecerse, para poseer una casa lujosa, para poder adquirir más bienes de consumo...

Cuando hablamos de las mujeres como objetos de la violencia física de los hombres, sin olvidar que el detonante puede ser la diferencia de fuerza física (o el consumo de alcohol, y otras drogas por ejemplo), mientras que la mediata es la desigualdad social de las mujeres; ésta puede ser expresiva y/o instrumental, y los fines perseguidos mediante su ejercicio son diversos así como son diversas las consecuencias. Es necesario diferenciar los motivos que llevan al hombre a maltratar físicamente a la mujer de los efectos sociales que generan ese tipo de conductas.

Sin embargo, la violencia contra las mujeres es un fenómeno más amplio, muy antiguo, multiforme, y estructural que durante siglos se ha considerado un problema del espacio privado. Esta distinción es importante porque, aún sin obviar la necesidad de intervención sobre las formas específicas y diversas en que se presenta la violencia contra las mujeres, es indispensable el reconocimiento de sus causas estructurales para evitar que las políticas y estrategias definidas para atacarla se limiten a actuar sobre sus manifestaciones sin transformar las causas de fondo que la han alimentado a lo largo de la Historia.

Hagamos memoria histórica. En la Europa moderna, a lo largo de los cuatro siglos en los que la ciencia se distanciaba del oscurantismo medieval, y la humanidad abría paso a una época más liberal y liberadora, se recrudecía la caza de brujas; y fueron quemadas hasta nueve millones de mujeres. *El martillo de las Brujas* obra de la Inquisición que se publicó en 1546, se dedicaba, desde la primera hasta la última página a justificar el castigo de la mujer y a demostrar su inferioridad biológica⁵.

“Endemoniadas: espasmos, aullidos, quizás orgasmos, y para colmo de escándalos, orgasmos múltiples. Sólo la posesión de Satán podía explicar tanto fuego prohibido, que por el fuego era castigado” (Galeano 1997: 65)

⁵ No sólo la tradición bíblica sino muchas otras tradiciones culturales, anteriores y posteriores justifican el monopolio masculino de las armas y del discurso, perpetúan el desprestigio de la mujeres, y las denuncian como peligro.

Podemos encontrar la explicación a esta sinrazón en el despertar de la nueva ciencia, que estableció las bases para la dominación masculina de las mujeres y de la naturaleza. Si en la Edad Media el poder teocrático dominaba y castigaba en nombre de Dios, en el Renacimiento se hizo lo mismo en nombre de la objetividad científica.

En el siglo XVI Roger Bacon –padre de la ciencia moderna- hizo triunfar sus tesis de dominio de la naturaleza, proponiendo los nuevos métodos científicos como “los tiempos del nacimiento del poder masculino”, que crearían una nueva raza de héroes y superhombres que dominaría la naturaleza y la sociedad⁶.

La Revolución Francesa, que promulgó los derechos del ciudadano, no de la ciudadana, nos dio paso al siglo XIX en el que los grandes pensadores elevaron el machismo y el racismo a categoría científica: Gustave Le Bon, padre de la psicología moderna, resaltaba la rareza de encontrar una mujer inteligente. El positivista Auguste Comte, uno de los fundadores de la sociología moderna, afirmaba la superioridad de la raza blanca y la perpetua infancia de la mujer. Según Lombroso, hasta las mujeres consideradas normales albergaban rasgos criminaloides; y Charles Darwin, reconocía virtudes femeninas como la intuición, si bien, virtudes características de las razas inferiores. Herbert Spencer fundó en el imperio de la razón las desigualdades del mercado; y proponía al Estado mantenerse al margen para no interferir en los procesos de selección natural que dan el poder a los hombres más fuertes y mejor dotados.

Y ya lejos del siglo XX, con los “Derechos Humanos” y la consecución de la democracia en una buena parte del mundo, las mujeres seguimos siendo objeto de una violencia, sin sentido, sin explicación aparente. Vemos así, cómo este “orden masculino”, existente desde hace siglos, ha ido tomando diversas formas y ha llegado a sus cotas de máxima expansión con la globalización neoliberal, en un momento histórico en el que la realidad se nos muestra en toda su crudeza y el triunfo de una masculinidad que amenaza no sólo con dominar la Tierra, sino con acabar con ella.

Y así, a lo largo de todo el siglo XX, uno de los intereses prioritarios de los movimientos de mujeres en todo el mundo, ha sido la violencia contra las mujeres, que finalmente fue reconocida como un problema público respecto al cual las sociedades y los estados tienen que asumir responsabilidades. La inserción en la agenda mundial de la violencia contra las mujeres se consolidó en 1979, cuando la Asamblea General de las NNUU aprobó la *Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW)*, abriendo así el

⁶ Frente a las tesis de Paracelso, cuya visión pasaba por la armonización de lo masculino y de lo femenino, que consideraba la Naturaleza como un todo vivo, como un organismo en el que todas sus partes estaban interrelacionadas. Cuando sus libros iban a ser quemados en la plaza pública por mandato de la Inquisición, Paracelso proclamó que eso no tenía ninguna importancia, ya que todo lo que sabía lo había aprendido de las brujas, es decir, de las “mujeres sabias”

camino para el reconocimiento como un Derecho Humano, el derecho de las mujeres a vivir libres de violencia.

Según NNUU al menos una de cada tres mujeres en el mundo ha sido golpeada, forzada a realizar un acto sexual, o ha sido víctima de abuso durante su vida. A menudo quien abusa es un miembro de su propia familia. La violencia queda así reconocida como un problema de salud pública y una violación de los derechos humanos.

La mayoría de las mujeres, sin distinción de edad, raza, condición social o situación económica, están expuestas a un potencial riesgo de padecer violencia en manos de actores estatales y no estatales, tanto en el hogar como en la calle. Los estudios muestran que el abuso por parte de un compañero íntimo constituye la forma más frecuente de violencia contra la mujer. Algunas mujeres corren mayor riesgo de violencia, como las que pertenecen a los siguientes grupos de población: minorías indígenas, étnicas, entre otras; migrantes y refugiadas; mujeres pobres y las que viven en comunidades rurales y alejadas, y aquellas que viven situación de conflicto; las mujeres que traspasan los límites de género tradicionales; las mujeres que residen en instituciones; las mujeres ancianas o discapacitadas; y aquellas viviendo con VIH.

Tradicionalmente los derechos ciudadanos de las mujeres no han tenido un reconocimiento directo en la sociedad, sino que generalmente han estado mediados primero por los padres, después por el marido y en su vejez por los hijos. Esta mediación tradicional, además de alimentar la posición dominante de los hombres y en ellas la dependencia vital, el servilismo voluntario y el sentimiento de impotencia y desvalorización personal, dificulta el desarrollo y autodeterminación y hace personal y colectivamente más costosas las rebeldías que, siempre presentes en mayor o menor grado en su cotidianidad, buscan con astucia una salida a su exclusión y un reconocimiento a su trabajo y a su derecho a ser mujeres en igualdad de posiciones ante los hombres.

Esta situación desigual hace que la relación sea en sí misma conflictiva, las puertas cerradas del hogar, en la práctica, se convierten en una patente de corso para el hombre. La división sexual del trabajo, cuando va acompañada de una separación espacial entre las tareas “femeninas” y las “masculinas” facilita una desvalorización mutua de la aportación del uno y la otra a la vida en común, que se puede traducir en una desvalorización de la mujer hacia el hombre y sobre todo del hombre hacia la mujer. La división sexual del trabajo facilita que el hombre crea, aunque no sea cierto, que la mujer no aporta nada a su vida, que sólo es una carga, y que a la mujer, por su parte,

le ocurra lo mismo, ya que siente que cuando el hombre se va al trabajo, la que se queda con todos los problemas es ella, que es muy cómodo eso de ir a trabajar.

Hoy día, en el marco del libre mercado neoliberal, se producen multimillonarias transferencias de capital que enriquecen a pocos y hundén a países enteros, cuyas primeras víctimas son los más empobrecidos, de los que el 80% son mujeres. Los planes de ajuste estructural recortan salarios, prestaciones laborales y presupuestos dedicados a los servicios públicos como sanidad, educación y transportes. El desarrollo se impone bajo una lógica masculina que prima la productividad sobre cualquier otro concepto.

Por tanto, la violencia contra las mujeres y la naturaleza no es una violencia coyuntural ni privada, sino **una violencia estructural y generalizada que se manifiesta en todos los niveles de la realidad**. Un trabajo publicado por el Centro para el Control Democrático de las Fuerzas Armadas de Ginebra (DCAF, según sus siglas en inglés) en marzo de 2004, y difundido por The Economist⁷ nos ofrece datos escalofriantes: por abortos selectivos e infanticidios, por discriminación cultural o religiosa o por maltratos de toda índole, se está practicando un verdadero genocidio femenino en múltiples regiones del mundo. Entre 113 y 200 millones de mujeres de todo el mundo están "desaparecidas" demográficamente. Cada año, entre 1,5 y 3 millones de mujeres y niñas pierden la vida como resultado de la violencia o el descuido intencionado. En los lugares donde el nacimiento de un varón se considera un regalo y el nacimiento de una niña, una maldición de los dioses, el aborto selectivo y el infanticidio eliminan a las bebas. Las niñas de corta edad mueren en forma desproporcionada debido al descuido, porque el alimento y la atención médica se dan primero a los hermanos varones, el padre, el esposo y los hijos varones. El brutal comercio sexual internacional de muchachas jóvenes mata a innumerable cantidad de mujeres. La violencia doméstica es una importante causa de muerte de mujeres en todos los países del globo. Las mujeres de entre 15 y 44 años tienen más probabilidades de ser asesinadas o lisiadas por sus parientes varones que de morir de cáncer, malaria, accidentes de tránsito o en la guerra. Se le da tan poco valor a la salud de la mujer que todos los años mueren de parto alrededor de 600.000 mujeres. Como señaló The Economist, esto equivaldría a que el genocidio de Rwanda se repitiera cada 12 meses. Cada día, sufren mutilación genital 6.000 niñas de corta edad, según la Organización Mundial de la Salud. Muchas de ellas viven el resto de su vida con un dolor invalidante. Según la OMS, una mujer de cada cinco probablemente sea víctima de una violación o un intento de violación en el curso de su vida.

⁷ Disponible en: <http://www.redfeminista.org/noticia.asp?id=3927>

Y en sociedades donde hemos alcanzando la tan deseada igualdad formal, cómo si no entender por ejemplo que ahora, que estamos más preparadas académicamente, nos afecta mucho más el desempleo. Si el acceso a puestos relevantes depende sólo de nuestro propio esfuerzo lo conseguimos, pero si depende de la voluntad política, sólo una mínima representación de mujeres accede a esos organismos. En la universidad, se impide sistemáticamente el acceso de las mujeres a la titularidad de las cátedras. O las miles de mujeres escritoras, apenas son propuestas para ingresar en la Real Academia de la Lengua. *La frase “mi marido me pega lo normal” podríamos sustituirla por la expresión de la resignación paciente de “el Patriarcado me machaca lo normal”. Es crucial que sea percibida esa realidad porque si no difícilmente podremos reaccionar contra esa violencia organizada que, como “el rayo que no cesa”, marca nuestras vidas (Sendon: 2001)*

Referencias

1. Galeano, E (1997) Patas Arriba. La escuela del Mundo al revés. Siglo XXI Editores.
2. Izquierdo, M J. (1998): El malestar en la desigualdad. Madrid. Cátedra.
3. Izquierdo, M.J (1998) *Los órdenes de la violencia. En Fisas V. El sexo de la violencia. Género y Cultura de la violencia. Barcelona Icaria 1998*
3. Sendón de León, V (2001). Globalización y Violencia Contra las Mujeres.